

do, I, 13), aunque la reproducción de los textos no es del todo escrupulosa y las indicaciones bibliográficas y de fuentes suelen estar incompletas o aun erradas (en *Los lagos de San Vicente*, III, 10, está "Que el pandero...", p. 735, y no "Que la caperucita...", p. 734, que procede de *La Santa Juana* 2ª parte, I, 20). Escaso será, en cambio, el provecho que pueda sacarse de la parte expositiva, que, escrita con un exceso de "lirismo", no hace sino repetir, a menudo *textualmente* (y las más veces sin comillas), los juicios de Menéndez Pidal, Henríquez Ureña y otros autores cuyo nombre no siempre se da (la frase con que comienza el párrafo sobre "Ritmo y metro", p. 714, es, al pie de la letra, de JOSÉ F. MONTESINOS: *NRFH*, 2, 1948, p. 295; aquí, como en muchos otros casos, el autor se expone a que se le acuse de plagio). Ese material ajeno suele aparecer incoherentemente amalgamado, esto es, mal asimilado, cuando no mal comprendido (poca gracia le hará a Menéndez Pidal una frase como: "El origen de los villancicos que darán origen a las serranillas cree [M. Pidal] descubrirlos [*sic*] en los cantos de victoria de los soldados...", p. 783).

La lírica musical forma parte integrante de la técnica dramática de Tirso —como de Lope y sus contemporáneos—, y quizá sea éste el aspecto que más importaría estudiar (Eubanks lo intentó someramente): qué funciones desempeñan los cantares dentro de las escenas y de cada obra. Las abundantes canciones compiladas por el P. López facilitarán la tarea a quien la emprenda.—M. F. A.

ALBERTO JIMÉNEZ, *Juan Valera y la generación de 1868*. The Dolphin Book Co., Oxford, 1956; 117 pp.

Se publican en este libro, en forma algo ampliada, las conferencias que el autor pronunció desde la cátedra Norman Maccoll en la Universidad de Cambridge. Se trata, por lo tanto, de una obra escrita fundamentalmente para lectores poco familiarizados con la literatura castellana, lo cual lleva al autor a presentar los temas desde sus principios elementales. Así, el capítulo segundo es un resumen panorámico de la novela en España, desde el *Conde Lucanor* hasta la generación del 68. Las figuras de Alarcón, Pereda y Pérez Galdós, que con Valera completan esa generación, están delineadas rápidamente, pero con rasgos muy acertados, en el capítulo tercero. El resto del volumen se dedica a Valera, del cual se hace una biografía muy completa. El capítulo más interesante quizá sea el quinto, en el que se exponen con precisión las ideas liberales del novelista, su relación con la política y la filosofía de su tiempo y sus trabajos de ensayo y crítica. Los últimos capítulos son un análisis de su obra narrativa, y en ellos don Alberto Jiménez muestra detalladamente el meollo autobiográfico de ciertas novelas en cuyos personajes se retrató Valera en formas más o menos veladas. Esta parte podrá tener interés incluso para el especialista. En general, el libro es una excelente introducción al estudio de Valera y de los demás novelistas de su generación.—PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE.